



EXIT

EMMA ROIG

En las más exquisitas reuniones hay quien recurre a la crítica despiadada para hacer notar. Si Brooke Astor levantara la cabeza, los ignoraría públicamente. Cortesía y amabilidad parecen cosa del pasado.

## 'Bye, Bye,' Arribistas

Es fácil llamar la atención si uno posee la belleza de **Gisele Bündchen**, el ingenio de **Oscar Wilde**, el dinero de **Rockefeller** o la inteligencia de **Einstein**. El problema está cuando uno no tiene ninguno de estos atributos y además no se resigna a ser ignorado en los círculos sociales. Algunas de mis conocidas recurren a las artes *negras* para llamar la atención. Critican sin ton ni son, se hacen las imposibles en sus excéntricas demandas a los camareros y se quejan de las maravillosas fiestas a las que las invitan: “¿Te fijaste dónde habían puesto el kilo de caviar? ¡En una esquina horrenda!”. He de reconocer que a veces, se me aparecen en sueños volando en círculos con escobas hechas a medida por Hermès.

Si **Brooke Astor** levantara la cabeza y viera cómo se comportan algunas de estas *primadonnas* malcriadas, las ignoraría públicamente y provocaría su expulsión automática de las más exquisitas reuniones. Astor, una de las filántropas más generosas del último siglo —afirmaba que el dinero era como el estiércol, si no se repartía no servía— fue, además, una de las grandes damas de la sociedad neoyorquina de su época. Su encanto no se basaba solo en su inmensa riqueza sino en la delicadeza con la

que se movía, y movía sus millones, por los complicados entramados de la alta sociedad. Uno de sus amigos decía de ella: “Es encantadora, con sentido del humor, decisiva y correcta”. Cuando prometía dinero a una de las múltiples organizaciones artísticas y benéficas que apoyaba, algo que se resistía a discutir en cenas o reuniones y relegaba a los despachos, su palabra era ley.

Quizá los obstáculos a los que se enfrentó de joven la hicieron sabia. Tras casarse a los 17 años con un hombre que la maltrataba y que, cuando estaba embarazada de su único hijo, casi hizo que lo perdiera de una paliza, encontró al amor de su vida, **Charles Henry Buddy Marshall**. Al enviudar se casó por tercera vez con **William Vincent Astor**, un multimillonario sin hijos, que falleció siete años después dejándole su fortuna.

Cuando cumplió 100 años le pidieron un consejo para una larga vida y dijo: “No le hagas daño a la gente e intenta ayudar al máximo número de personas. Excepto cuando son estúpidas o están absolutamente locas, en cuyo caso, aléjate de ellas”. Me imagino la reacción de la gran dama si saliera de su tumba: huiría despavorida de esa nueva clase social que cree que la cortesía y la amabilidad son armas sociales del pasado. □

